



CHARLOTTE

LINK

LOS LAZOS

de la

TIERRA

Los lazos de la tierra, última entrega de «La estación de las tormentas».

Alemania, 1977. Alexandra ha heredado de su abuela Felicia sus implacables ojos grises y, sobre todo, la ambición y el deseo de libertad. Ha crecido en unos años marcados por los disturbios y los cambios políticos, y es una mujer de su tiempo inteligente y apasionada.

Alexandra recibe como legado la pujante fábrica de juguetes de Felicia y asume la dirección del negocio. Pero de repente una tragedia lo pone todo en peligro; deberá hacer frente a una terrible crisis, personal y profesional, y decidir si está dispuesta a seguir su propio camino, apartarse de las sombras de un pasado que no le corresponde, y encarar, con coraje y determinación, sus propios retos.

PRÓLOGO

Septiembre de 1957

Bautizaron a la niña con el nombre de Alexandra Sophie en una ceremonia muy bonita y solemne, que ella se pasó durmiendo como un lirón. La niña había llegado a Munich desde Los Ángeles el día anterior, y su horario de comida y sueño, que hasta entonces había cumplido con meticolosa precisión, se había alterado por completo, y estuvo llorando toda la noche, del primer al último minuto. Ahora debía de sentirse demasiado agotada para protestar por el faldón blanco picajoso, el agua bendita en la frente y el olor mohoso de la iglesia. A decir verdad, era un bebé increíblemente bueno y tranquilo; incluso el párroco la elogió.

Los exhaustos padres, que aún acusaban el *jet lag*, sumado a las interminables horas nocturnas acunando en brazos a su hijita de cuatro meses, intentando calmarla con palabras y nanas ñoñas, asistieron a la celebración con la cara pálida y sombras bajo los ojos.

–Tendríamos que habernos negado a venir –dijo enfadada Belle Rathenberg al salir de la iglesia–. Alexandra es aún demasiado pequeña. Podríamos haberla bautizado allí y no habría pasado nada.

–Tu madre quería una gran fiesta familiar y eso en Los Ángeles habría sido imposible –intentaba tranquilizarla Andreas, su marido–. Ya que nos hemos prestado a hacerle el favor, tenemos que aguantar. Vamos, haz un esfuerzo. Mira el mundo con un poco más de bondad.

–Para hacerlo, necesito primero un jerez –repuso Belle, y subió a uno de los muchos automóviles que esperaban para llevar a los asistentes al bautizo hasta la casa de su madre–. A lo mejor hasta dos o tres.

Felicia Lavergne miraba a los invitados desde la puerta de la terraza. Habían asistido casi todos: sin una razón importante, nadie desairaba a la matriarca. Además, sus reu-

niones gustaban; su pintoresca finca a orillas del lago Ammer en la Alta Baviera invitaba a fabulosas fiestas veraniegas, y ella siempre había sido una anfitriona generosa.

Felicia había comprado la gran casa de campo en la costa este del lago justo después de la guerra, con la intención de crear un lugar en el que pudieran reunirse todos sus parientes. No era una mujer ni maternal ni cariñosa, pero tenía el desarrollado instinto protector de un perro pastor que reagrupa y vigila su rebaño. Para ella, la familia era sagrada, y lo expresaba de una forma muy especial que le reportaba poca simpatía aunque gran admiración, profesada a regañadientes: era capaz de no enterarse durante años de que uno de sus familiares más cercanos sufría de depresión, pero si este decidía ahorcarse, en el último momento ella se precipitaría a cortar la cuerda. Y no dejaría de mostrarse perpleja al saber que el rescatado llevaba mucho tiempo con serios problemas.

La casa disponía de una infinidad de habitaciones muy acogedoras, suelos de *parquet* que crujían bajo los pies, enormes chimeneas, vigas de madera para sostener el techo, balcones llenos de flores y una gran terraza. El jardín bajaba hasta el lago, junto al que había un embarcadero, una caseta para los botes y una playa en la que bañarse.

Aquel día de septiembre, que los deleitaba con un tiempo aún veraniego de sol radiante y cielo sin nubes, Felicia había plantado sombrillas por doquier, colocado almohadones sobre sillas y bancos, y había hecho segar el césped. Después del almuerzo, un menú de cinco platos interrumpido por numerosos discursos, los celebrantes se habían repartido por el jardín. En la terraza había un bufet de tartas, donde cada uno podía servirse la que quisiera, además de café, té y todas las bebidas frías imaginables. Las flores de otoño centelleaban bajo el sol, el lago brillaba con reflejos turquesa y un par de veleros pintaban estrellas blancas sobre las olas.

La mirada de Felicia recorrió el abigarrado grupo que se extendía a sus pies y se detuvo en Belle, la madre de la recién bautizada. Alexandra había venido al mundo a finales de mayo, pero Belle aún no había conseguido recuperar su antigua figura. Había sido muy delgada, pero ahora se la veía más bien informe, con su vestido suelto y floreado. Llevaba unos zapatos de tacón muy alto, que tampoco conseguían que sus piernas hinchadas parecieran más delgadas. Felicia notó que su hija bebía mucho, que se tomaba un cóctel tras otro como si fueran agua. Junto a ella estaba Andreas con Chris en los brazos, el hijo de la pareja, de casi cuatro años. Andreas era algo mayor que Belle y seguía siendo muy atractivo. A Felicia le gustaba, aunque había entendido hacía tiempo que el sentimiento no era mutuo. Como la mayor parte de la gente que conocía a Felicia, también él estaba convencido de que lo había hecho todo mal respecto a sus hijas: en el aspecto material se había ocupado de ellas divinamente, pero en todo lo demás las había descuidado.

«Sí, pero ¿cree que habría conseguido lo que he conseguido si hubiese hecho las cosas de otra forma?», se preguntó Felicia.

Por lo menos también había acudido Susanne, la hermana pequeña de Belle, y eso que odiaba abiertamente a su madre. Susanne se mantenía apartada, no se esforzaba ni lo más mínimo por ocultar lo mucho que todo la irritaba. Llevaba un traje gris que abrigaba demasiado para aquel día y el pelo estrictamente recogido. Tenía el aspecto de una institutriz madura. Si alguien se dirigía a ella, hacía todo lo posible por cortar la conversación de raíz. Desde la horrible historia de su marido, que hacía once años había sido ejecutado por crímenes de guerra, su vida estaba ensombrecida por una vergüenza profunda que le impedía entablar relaciones. En Berlín daba clases a niños con dificultades de habla, tal vez las únicas personas entre las que se sentía segura. Incluso con sus tres hijas se com-

portaba de una forma distante y estrambótica, como si no fuesen suyas, sino unos seres extraños que podían resultar peligrosos para ella en cualquier momento.

Susanne debería ir olvidando poco a poco las viejas historias, pensó Felicia impaciente. ¡Hacía mucho que había acabado la guerra!

Se alisó el veraniego vestido blanco, aunque no tenía ni una arruga: tenía la costumbre de hacer aquel gesto cuando intentaba ordenar sus pensamientos y tomar decisiones. Un joven con un traje elegante, que estaba no lejos de ella y la observaba desde hacía minutos, se le acercó.

—¿En qué piensas? —le preguntó—. Pasas revista a la gente como un general a su tropa. Seguro que estabas meditando tu próxima estrategia, ¿a que sí?

Felicia se rio.

—No te burles de mí. No estaba pensando en nada. Solo miraba.

A Felicia le gustaba Markus Leonberg, su asesor financiero; apreciaba su encanto y su amabilidad. Ante todo, sin embargo, le imponían su tenacidad y su fuerza de voluntad, con las que había construido una existencia sólida a partir de la nada. Al terminar la guerra, con veintiún años, había pasado casi un año en un campo de prisioneros estadounidense. Luego había buscado desesperadamente a sus padres, silesianos, aunque no encontró ni una pista. Al final averiguó que los dos habían perdido la vida durante la invasión del Ejército Rojo. Saber aquello transformó al tierno joven moreno de aterciopelados ojos verdes, de un día para otro, en un hombre que solo parecía interesado en amasar cada vez más dinero sin preocuparse de otra cosa. Se convirtió en señor del mercado negro, donde llevó a cabo negocios fabulosos, y más tarde se dedicó a los inmuebles. Ahora se contaba entre los hombres más ricos de Munich. Felicia lo admiraba, aunque también tenía una vaga idea de sus defectos. Algo le decía que

Markus Leonberg no siempre conservaría la cabeza fría. Con la muerte de sus padres y la pérdida de su patria, algo en él se había desencajado, y a menudo parecía desorientado. A veces, como entonces, cuando por un momento dejaba de empeñarse en mostrar al mundo su radiante sonrisa de vencedor, se lo veía tan solo y perdido que hasta Felicia anhelaba abrazarlo. Por supuesto, nunca lo había hecho: los habría puesto a los dos en un compromiso.

—¿Cómo es que has venido solo? —le preguntó Felicia, pues a Markus solía acompañarlo alguna chica guapa.

—Lo he dejado con Maren. No hacíamos buena pareja.

—¡Otra vez! Nunca te va bien de verdad más de medio año.

—¿Y qué le voy a hacer? Por lo visto, no doy con la adecuada.

—Creo que tienes debilidad por las chicas que no te convienen —dijo Felicia, que apenas sabía cómo distinguir una de otra a las muñequitas que solían gustar al joven.

Markus se encogió de hombros y trató de cambiar de tema.

—¿Quién es aquel señor de allí?

—El que tiene un niño al lado? Peter Liliencron, un viejo amigo. Consiguió salir de Alemania en el 39. Y volvió en el 45. El niño es su hijo Daniel.

—Ajá. Y allí... Ese es Tom Wolff, ¿no? Está cada vez más gordo.

A Tom le pertenecía una mitad de la fábrica de Juguetes Wolff & Lavergne; a Felicia la otra. Formaban una pareja desigual, aunque en los malos tiempos siempre se habían ayudado y lo sabían prácticamente todo el uno del otro. Tom Wolff sufría del corazón. Tenía la tensión alta y, como hacía caso omiso de las advertencias de los médicos en lo que se refería a alcohol, nicotina y grasas, parecía solo cuestión de tiempo que su cuerpo dijera basta.

–Cuando muera Tom –dijo Felicia–, su esposa Cassandra heredará su parte. Que Dios se apiade de mí cuando sea mi socia. No me soporta.

«Felicia tiene muchos enemigos o, al menos, no la quieren demasiado», pensó Markus.

–Kassandra es la mujer que está junto a él, ¿no? Es trágicamente elegante. Parece inaccesible.

–Y que lo digas. No hay nadie más inaccesible. Pero en algún momento tendré que entenderme con ella.

–¿Y dónde está la homenajeadada del día? –quiso saber Markus.

–Durmiendo. Belle está muy preocupada por sus horarios de comida y sueño porque el cambio de hora los ha trastocado. A decir verdad, hoy en día se tienen demasiados remilgos con los bebés. Antes éramos menos estrictos y salía bien.

–En cualquier caso, creo que es un bebé precioso –dijo Markus–, y tiene un nombre bonito. Alexandra Sophie. Suena fabuloso.

–Se llama Alexandra por el difunto padre de Belle. Y Sophie por la pequeña que Belle tuvo de su primer matrimonio. Murió hace doce años cuando huíamos de la Prusia Oriental.

Meditabundo, Markus observó a la regordeta Belle, que acababa de echar mano a otro Campari de una bandeja.

–Se ve que tiene una historia...

–Ya lo creo. Y no acaba de recuperarse. De joven fue actriz en la UFA. Aunque por poco tiempo: la guerra acabó con todo aquello. Luego se fue a América. Andreas, su actual marido, había trabajado en secreto para los Aliados y le ofrecieron un puesto de dirección en la industria armamentística. Ella soñaba, cómo no, con Hollywood. Pero no encajó. Al principio, entre otras cosas, porque los estudios no querían alemanas. Y ahora... En fin, mírala. No es exactamente con lo que sueña la MGM.

–Parece que bebe bastante –comentó Markus con tacto.

Así que también los demás lo notaban.

–No entiendo por qué Andreas no dice nada –repuso Felicia.

Las hijas de Susanne salieron corriendo de la casa, donde habían estado revolviendo la colección de discos de su abuela, posiblemente en busca de grabaciones de Elvis Presley. Llevaban traje de baño y toallas colgadas del brazo y dijeron que iban a nadar. Daniel Liliencron, de diez años, se les unió de inmediato. Se alejaron charlotando y riendo. Susanne hizo como que iba a inspeccionar el jardín, aunque, una vez más, se limitaba a huir de alguna conversación. Andreas y Peter Liliencron conversaban sobre la abrumadora victoria electoral de Adenauer el domingo anterior. Tom Wolff se había instalado ante el buffet de tartas y comenzó a engullir todo lo que pillaba. Aunque durante el almuerzo se había notado un ambiente forzado, la tarde fluía con placidez. En dos horas habría anochecido y volverían dentro para pasar un rato juntos allí sentados, antes de irse cada uno a casa con la sensación de que, en realidad, había sido un día muy agradable.

–Igual debería hablar con Belle –dijo Felicia–. Dentro de media hora estará borracha como una cuba. ¿Me perdonas, Markus?

Hizo un gesto a su hija para que la siguiese y entró en la casa. A regañadientes, Belle respondió a su indicación. Cuando entró en la sala de estar tras su madre y cerró la puerta, sonó el timbre. Belle se preguntó por un instante quién sería el invitado tardío, pero la verdad es que no le interesaba lo más mínimo. Demasiado le costaba concentrarse como para, encima, pensar en eso.

Hanna, el ama de llaves, se había esforzado en vano por evitar que aquel visitante inesperado entrase en la casa.

–¿Está usted invitado? –había preguntado desconfiada cuando vio al extraño andrajoso ante la puerta, sin afeitar y con ropa muy desastrada.

Lo había tomado por un vagabundo, pero él contestó que tenía una cita con uno de los invitados. Hedía a sudor, un olor penetrante que se mezclaba con el del óleo de las densas salpicaduras que impregnaban la chaqueta. Parecía que los zapatos se le fuesen a caer de los pies en cualquier momento.

–No tengo invitación, pero me han citado aquí, como le he dicho –respondió con impaciencia a la pregunta de Hanna, mientras pasaba al recibidor.

–No puede entrar así sin más –protestó el ama de llaves.

Él se quedó mirándola.

–¿Por qué no? ¿No soy lo bastante elegante?

–No, es que...

El hombre soltó una amarga risotada.

–Cuando me jugaba el pellejo por vosotros en Rusia, sí que era lo bastante bueno, ¿no? Se me congelaron los dedos de los pies en el invierno de Moscú y luego me dispararon. ¡Aquí arriba!

Se señaló la cabeza.

El asco de Hanna se convirtió en indefensa compasión. Seguramente se trataba de un veterano que había perdido el juicio; había muchos. Hombres que no habían sabido cómo retomar una vida normal, que sufrían las consecuencias tardías de heridas en el cuerpo o en el espíritu, y que no recibían de la Alemania del milagro económico el agradecimiento que habrían necesitado para dejar atrás lo sucedido. Se les proporcionaba dinero, cuando les hacía falta alguien que los escuchase. Pero nadie quería saber ya nada de sus historias. Aquello era el pasado y había mucho que hacer para dominar el futuro. Hanna lo sabía demasiado bien: su hijo estaba en un hospital psiquiátrico

debido a los fuertes episodios de psicosis que sufría desde que había servido en un submarino.

—Venga conmigo a la cocina —dijo para apaciguarlo—. Primero le prepararé algo de comer. Parece que...

Él la dejó plantada, recorrió el pasillo y salió a las escaleras de la terraza.

Al principio nadie reparó en él, pues todos estaban demasiado ocupados con sus charlas o con la comida y la bebida. La primera que se fijó fue Susanne, que volvía de su paseo por el jardín. Vio a alguien con pinta de espantapájaros en la puerta y, sorprendida, soltó en voz bastante alta:

—Vaya, ¿quién es ese?

Los que estaban cerca de ella la oyeron y miraron al recién llegado. Poco a poco, unos y otros notaron que allí arriba había algo que ver. El sonido de las voces se fue acallando. Desde el lago llegaron las risas y los gritos de los niños, que se bañaban.

El extraño bajó despacio las escaleras. Se tambaleaba un poco, como si estuviese bebido, aunque la razón era que le costaba coordinar sus movimientos, y aquello no iba a mejorar; de eso se había encargado la bala alojada en su cerebro.

—Soy Walter Wehrenberg —dijo al llegar abajo—. Vengo de Munich.

Todos lo miraron extrañados. El nombre no le decía nada a nadie. Susanne, como hija de la anfitriona, se vio obligada a ser cortés.

—Buenas tardes, señor Wehrenberg —saludó—. ¿Viene a ver a mi madre?

Wehrenberg negó con la cabeza. Tenía un color lívido insano y la frente perlada de sudor.

—Busco a Markus Leonberg —respondió.

Markus, que tras su charla con Felicia se había sentado en un banco y disfrutaba de las vistas del lago, se puso en pie y se acercó. Llevaba un vaso de zumo de naranja en la

mano. Su expresión no reflejaba ni el más mínimo reconocimiento.

–Dígame –dijo.

–¿Sabe quién soy?

–No, lo siento. ¿Debería saberlo?

Wehrenberg soltó una risotada tan cínica y amarga como la que había soltado con Hanna.

–Que si debería saberlo, pregunta. Si debería saberlo... Lo considera indigno de usted, ¿no? Conocer a todos los que arruina.

A Markus, la situación le parecía bastante penosa.

–No tengo claro qué pretende, señor Wehrenberg, pero quizá podríamos hablarlo en privado...

Wehrenberg lo interrumpió de inmediato.

–Eso le vendría muy bien. En privado. Para que nadie se entere de sus intrigas. Pero lo cierto es que deberían conocerlas todos. Deberían saber qué clase de elemento es usted.

–Creo que este no es el lugar adecuado para este tipo de conversaciones –intervino Andreas–. Quizá deberían reunirse en la ciudad el lunes.

–Cierto –dijo Markus–. Hoy es fin de semana y esto es una fiesta privada. Es mejor que se vaya, señor Wehrenberg.

–No. No pienso marcharme. –Una mirada intensa se instaló en sus ojos–. Estuve en Siberia –proclamó–, seis años. Construcción de carreteras. ¿Sabe qué significa eso?

–Que ha sufrido mucho –contestó Tom Wolff que, entretanto, había comprendido que se trataba de un pobre loco–. ¿Qué tal si bebe algo? ¿Un martini? Después de un trago, el mundo se ve más agradable.

–Gracias –dijo Wehrenberg–, no quiero nada. No me sienta bien. Recibí un tiro en la cabeza. En Moscú. Casi un año de hospital de campaña. El médico dijo: «Es un milagro que siga usted vivo, Wehrenberg».

Nadie sabía qué contestar. Markus se estaba rompiendo la cabeza tratando de averiguar qué tenía que ver aquel hombre con él. No se le ocurría. Quizá se trataba de una confusión.

—No tendrían que haberme enviado de nuevo al frente —dijo Wehrenberg—, pero al final necesitaban a todo el mundo. Y acabé en un campo de prisioneros. Seis años. Aquí lo habéis pasado bien.

—Yo también estuve prisionero —replicó Markus algo irritado—. Lo cierto es que...

—¡Vamos, no irá a compararse! —gritó Wehrenberg. Todos se encogieron—. No puede compararse. No estuvo en Siberia. No sabe lo que es Siberia. No tiene ni idea. ¡Ni la más remota idea!

—Creo que debería irse —añadió Markus con frialdad—. Venga el lunes a mi despacho y plantéeme allí lo que desea.

—Ya he estado en su despacho. Ayer. Usted ya se había ido. Pero estaba su secretaria. Ella no quería decirme dónde estaba usted. Pero miré su agenda. La tenía allí, delante de ella; no fue difícil. Y decía que hoy estaría aquí. Así que pensé en venir también yo.

—Increíble —murmuró Markus—. De verdad, increíble. Andreas suspiró hondo.

—Entonces diga de una vez lo que tenga que decir, ya que no va a irse. Pero sea breve, por favor.

—Soy pintor —dijo Wehrenberg. En su voz había orgullo. Irguió la cabeza y, en su rostro pálido y enfermo, asomó una pizca de dignidad—. Según Eva, mis cuadros son muy buenos. Eva es mi esposa, ¿sabe? Entiende un poco del tema. Dice que un día los demás también lo verán. Comprarán mis cuadros. Y no volverán a reírse de mí.

—Si promete desaparecer, yo mismo le compraré uno —repuso Markus ya harto—. Y el lunes despediré a mi secretaria por no haberme advertido. A ver, ¿qué quiere?

—A usted no le vendería yo ni uno de mis cuadros —respondió Wehrenberg—. Ni por un millón. Nunca.

—Entonces, déjelo estar. Pero no tengo ganas de seguir perdiendo tiempo con usted. —Markus le dio la espalda sin disimulo y se encendió un cigarrillo.

Le temblaban un poco las manos.

—¡Míreme! —bramó Wehrenberg dejándose llevar por la rabia—. Haga el favor de darse la vuelta y mirarme.

Markus se dio la vuelta. En ese momento, Wehrenberg sacó una pistola del bolsillo interior de la chaqueta. Hanna, que observaba la escena desde lo alto de las escaleras, ante la puerta abierta, se llevó la mano a la boca para no gritar.

—Por el amor de Dios —saltó Tom—, no haga ninguna tontería.

—¡Tengo una hija! —chilló Wehrenberg—. Tengo una hija de catorce años... Me necesita. Es mi responsabilidad cuidar de ella. ¡Soy su padre! Pinto para vivir.

—Por supuesto —dijo Tom en tono apaciguador—, por supuesto.

—Y ahora este quiere tirar el edificio en el que vivimos. Este maldito tiburón inmobiliario quiere destruir el único lugar en el que puedo pintar. El único lugar que tiene la luz adecuada. Destruir mi futuro. Y el de mi hija. Este criminal sin conciencia me quita la vida.

Markus había perdido el color hasta de los labios. Sabía de qué edificio hablaba ese extraño.

—Es una ruina —razonó con voz ronca—. No sabía que... Escuche, podemos hablarlo. Aun así, ese edificio está para derruir. Acabará cayéndose. La guerra lo dañó demasiado. Es...

—¡Cierra el pico! —gritó Wehrenberg—. Válgame Dios, cierra el pico, Leonberg. No tienes ni idea. Nadie aquí tiene ni idea. Sois todos iguales. —Apuntó con el arma a varios de los presentes.

—Madre de Dios —susurró Susanne casi sin voz.